

Mario consulta la hora en el móvil.

Necesitaba saberla constantemente, como si se encontrara impaciente por algo que iba a suceder; y es que tenía la sensación de aquel domingo podría llegar a convertirse en uno de los más importantes de su vida.

A través de las redes sociales, al igual que había sucedido en las revoluciones del mundo árabe, miles de jóvenes indignados por la apatía de la clase política se habían unido frente al gran enemigo común: el liberalismo económico.

Al fin había llegado el momento de ver hasta donde la fuerza ciudadana podía llegar. Por eso no podía conciliar el sueño, ya que de aquel movimiento dependía el futuro de la clase obrera española.

La cuestión era que la verdadera ideología de izquierdas que tenían los partidos socialistas fundados en el siglo XIX se había ido perdiendo con el discurrir del tiempo, que todo, excepto el amor verdadero, termina demoliendo.

Precisamente por eso se encontraba tan optimista y excitado.

Se diría que iba a encontrarse con su amada, aunque en esta ocasión ésta era la humanidad.

Él, como el fundador de L'Humanité, un mártir asesinado por tratar de impedir como político la primera guerra mundial, conocía bien los orígenes del socialismo, los cuales se encontraban en la filosofía de Lutero, Fichte, Kant y Hegel.

En cuanto a Marx, su primer paso había sido el de demostrar el ateísmo del filósofo Epicuro, y luego se había trasladado a París, cómo no, cuna de todo pensamiento revolucionario en materia de igualdad social.

Allí había conocido a Engels, alemán como él, y de esta unión había nacido el materialismo económico, una ciencia capaz de garantizar la paz universal y la justicia social.

En aquel gran momento histórico las mentes más brillantes de Francia y de Alemania se encontraban unidas y a la cabeza de una máquina capaz de producir seres humanos plenamente felices.

Se trataba de una ciencia, no de un ideal como el cristianismo.

Aunque su amigo Ángel, más bien un conocido de la facultad, ya que se encontraban siempre en la biblioteca por las mañanas porque eran los primeros en llegar, y a raíz de esos encuentros se pasaban largo tiempo charlando; mantenía que el cristianismo era el hermano mayor del comunismo.

Al parecer había leído una historia de la vida de Jesús escrita por Hegel que le llevaba a afirmarlo, y aseguraba también que el origen de la tragedia cristiana y de la comunista había sido de la misma índole.

Decía que si bien la tiranía católica había tardado algunos siglos en instaurarse, la comunista lo había logrado con mayor facilidad al seguir el mismo patrón, el del patriarcado alienante de origen grecorromano que se nutría económicamente de soldados y esclavos.

Ángel era feminista, además de gay, y en eso no coincidían; sino tan sólo en el hecho de no cesar ni por un momento de trabajar.

Se podría decir que tenía ideas verdaderamente disparatadas.

Mantenía que un obispo de Hispania, que había ido a protestar ante el emperador romano por los errores de interpretación del nuevo testamento cometidos por el poder eclesiástico, habiendo sido ejecutado en Tréveris, podría haberse reencarnado en el autor de El capital.

También aseveraba que la catedral de Santiago de Compostela había sido construída sobre los restos mortales del tal Prisciliano.

Por cierto, hoy he quedado con él, recuerda mirando qué hora es.